



El *maître* Eduardo Invernizzi Mosca. Archivo: Yolanda Invernizzi Motta, 2006.

TRAS LAS HUELLAS DE INVERNIZZI

Doña Yolanda acaba de convertir la pequeña mesa de la sala en un verdadero follón de hojas y documentos de vieja data. La ansiedad y nerviosismo que transmiten sus manos temblorosas hacen que los papeles planeen como gaviotas sobre la superficie del mueble. Hurgando por aquí, escarbando por allá, la bondadosa anciana no logra dar con el paradero de uno de los tesoros más preciados que conserva en su apartamento de la zona de Sopocachi. La búsqueda se extiende por unos minutos más hasta que la ex enfermera instrumentadora suspira aliviada al encontrar entre las tapas descuadernadas de un archivador rápido la fotografía de su padre. Con las mismas manos que minutos antes removían intranquilas el cúmulo de papeles viejos levanta la única e invaluable imagen que guarda de su progenitor. Después de contemplarla con cariño pasea la yema de sus dedos sobre la foto para comprobar que el polvo no haya extendido su manto indeseable de olvido y abandono por encima de la imagen paterna. No se observa nada extraño que pueda alterar el rostro sereno de Eduardo Invernizzi Mosca, más allá de las manchas marrones que se encuentran en la parte inferior del retrato. Doña Yolanda entendió desde pequeña que la memoria humana es frágil e indefensa y que ésta se halla desprotegida cuando no se sabe administrar correctamente las murallas protectoras que la cuidan del acecho permanente del olvido. Con la respiración aún entrecortada, —estuvo fuera de sí durante sesenta interminables segundos y por un instante creyó haber extraviado el retrato paterno— empieza a referir lo poco que conoce a cerca de la historia de los Invernizzi en Bolivia.

—Mi papá murió joven— inicia el relato con la voz apagada y un poco ronca— nos dejó a mis hermanos y a mi cuando apenas éramos niños. Yo tendría dos o tres años el día que falleció. Por eso no poseo mayores datos sobre su vida. Mi madre no solía comentarme nada a cerca de él— parece sentenciar la anciana ni bien ha comenzado a desmenuzar recuerdos. Sin embargo, Eduardo Invernizzi dejó rastros, aunque pocos, de su estadía por estas tierras. Por ejemplo, antes de llegar a Bolivia el italiano poseía un hotel en Iquique, por entonces un pequeño poblado depositado en las orillas del Mar Pacífico. Allí recibía a cientos de huéspedes provenientes de ultramar así como del interior de aquel país sudamericano. Sus días transcurrían dentro del

inmueble, verificando la atención y servicio que se dispensaba a los clientes, por las tardes y noches se dedicaba a pasear por los alrededores del puerto dispuesto a entablar diálogo con quien se topará en su camino, conocidos o visitantes ocasionales le daba lo mismo al trasalpino, lo único que deseaba era encontrar personas dispuestas para comenzar la charla.

Una de estas personas fue Petronila Motta Salazar. Joven peruana que supo cautivar con su silueta garbosa al afable *maître* de hotel. Cuentan que Eduardo quedó prendado por los encantos que exhibía Petronila desde que la vio por vez primera en el Perú. El italiano solía viajar seguido por las costas del Pacífico y fue en una de esas travesías donde perdió la cabeza y el corazón. Aunque todavía se encontraba algo turbado por la emoción que su alma estaba recibiendo, apretó los dientes como para darse ánimos, y en un arranque imprevisto de espontaneidad, fue en busca de su prometida para proponerle matrimonio. Ambos habrán quedado perdidamente enamorados uno del otro, ya que los acontecimientos que siguieron al fugaz noviazgo dan cuenta del grado de compromiso y lealtad en el que estaban envueltos. Sobra decir que la celebración del matrimonio civil se llevo a cabo sobre la popa de un barco que se dirigía hasta Mollendo, con el padre de la novia como testigo y representante del novio ausente. Simultáneamente, en algún punto de la ciudad de Arequipa, el *maître* participaba de sus nupcias con otro apoderado. Más tarde, cuando se encontraron en las planicies gélidas de la ciudad de Puno, pudieron recién fundirse en un abrazo conmovedor y allí comenzaron su anhelada vida conyugal. La pareja se dirigió a Iquique para continuar con sus actividades. Eduardo trabajaba de sol a sol, invariablemente. Petronila, en cambio, se las ingeniaba para controlar las múltiples demandas de sus jóvenes retoños. En total tendrán cinco hijos: Cesar, Ángel, René, Jorge y Yolanda.

Eduardo veía satisfecho crecer a su familia. Se sentía dichoso de poder compartir todas las bondades que la vida le ofrecía con aquellos seres que de a poco llegaban a este mundo. Seres que portaban su sangre y que algún día llevarían con orgullo su apellido por escenarios distintos. Optimista, el italiano vio prudente trasladarse a la ciudad de La Paz con la finalidad de instalar un restaurante en la calle Campero, vía céntrica y próxima al concurrido paseo de El Prado. En el lugar armará el negocio cumpliendo con todos los requisitos y normas que la ley exigía. Una vez instaurado el local, la clientela empezó a copar los espacios y satisfacer las aspiraciones del *maître*. Pero éste no contaba con la súbita intromisión de la parca, quien sigilosa, como es su costumbre, hizo su funesta aparición para arrebatarse al italiano de los brazos de su familia. Ahora es su hija Yolanda la que lucha por evitar una segunda muerte a su padre. Ella desea que la imagen de su progenitor perdure en el seno de su familia, y no sucumba ante el olvido y la indiferencia, así sea estampada en una vieja y apergaminada fotografía sepia.